

Número 80 REPUBLICA DE COLOMBIA Noviembre 1.º: 1912

REVISTA  
DEL COLEGIO MAYOR  
DE  
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



*Nova et vetera*

BOGOTA  
IMPRESA ELÉCTRICA—168—CALLE 10  
MCMXII

## CONTENIDO

Las Misiones en Colombia.....	R. M. CARRASQUILLA
ACTOS OFICIALES—Acuerdo número 4 de 1912.	
Mi primogénito .....	R. ESCOBAR ROA
Honrar a padre y madre.....	X.
El árbol seco.....	F. M. RENGIFO
Juicios sobre un ensayo.	
Influencia social de la mujer y su importancia en la defensa nacional .....	HERMINIA GOMEZ JAIME DE ABADIA
Clausura de estudios del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en el año de 1912, 259.º de su fundación.	
Crónica de octubre.	
La escoba.....	ANTONIO OTERO HERRERA

## REVISTA

## DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de noviembre de 1912

## LAS MISIONES EN COLOMBIA

Conferencia del doctor Rafael María Carrasquilla, en la catedral de Bogotá, el 20 de octubre de 1912

*Ilustrísimo señor, Excelentísimo señor, señoras y señores:*

Varias veces he hablado desde este mismo púlpito, ante auditorio semejante al que ahora va a escucharme, para encomiar los méritos de varones excelsos a raíz de su partida a otro mundo mejor, o para cantar las grandezas de mi patria en las gloriosas cuatro centurias de su vida. Dije las hazañas de los que nos trajeron la cruz y el evangelio en el siglo XVI, y los padecimientos de los que defendieron el evangelio y la cruz en el siglo XIX; ensalcé a los que enseñaron la lengua de Castilla, y a quienes le hicieron producir, en época reciente, obras inmortales; a los que sembraron la semilla de la religión católica, y a los que cosecharon la libertad cristiana, fruto sazonado del árbol del Calvario. Confundí en un solo himno triunfal al labrador y al sabio, al pontífice y al guerrero, al que importó las primeras simientes y a los que introdujeron la imprenta, a los fundadores de nuestros colegios insignes y a los que clavaron los primeros rieles en los abruptos Andes colombianos.

La patria es una al través del tiempo, y los franceses tanto se ufanan con Carlos Martel como con Napoleón I; los españoles citan juntas a Numancia y a Zaragoza, y los germanos alzan estatuas a Arminio y a Bismarck.

Ensalzar a los muertos ilustres, rememorar proezas preteritas, es signo o de prosperidad halagüeña, o de lastimera decadencia. Pueblo que olvida su historia y desprecia a sus mayores, hállase en postración irremediable. Mas unas naciones cantan sus pasadas glorias y otras las lloran. En las primeras, las grandezas de antaño son fundamento de las actuales excelsitudes; en las otras, son remordimiento y afrenta por haber dilapidado el pingüe heredado patrimonio. ¡Qué bien luce el retrato del fundador de una familia en la sala de honor de la casa solariega, conservada sin mengua por un descendiente que es timbre y honor de la república, y cómo brillan dentro del redorado marco el rostro marcial, las pulidas armas y las bordadas vestiduras! En cambio, ¡cuán triste la efigie del remoto genitor, rota y polvorienta, como adorno único de mísera buhardilla, donde agoniza de enfermedad y miseria el degenerado nieto del grande hombre!

Nunca es aplicable lo dicho a la santa Iglesia católica romana, antigua siempre y siempre nueva, a semejanza de Cristo, de cuyo corazón abierto nació, a impulso de la lanza del soldado, el día de la redención del mundo.

Hoy pretendo discurrir sobre glorias pasadas, emuladas por hechos presentes, e invitaros a cooperar, en la medida de vuestras fuerzas, a lo que es orgullo legítimo para nuestra conciencia de católicos y patriotas. Voy a tratar de las misiones entre las tribus salvajes del territorio nacional. Personalmente no tengo autoridad para tanto, pero espero que suplirán a mi indigencia el carácter sacerdotal de que estoy investido, el venir por comisión del señor Arzobispo, la honrada sinceridad con que os hablo.

### I

Si del Sér infinito en perfecciones que con la esencia se confunden pudiera predicarse el más y el menos, diría yo que es el hombre, entre las criaturas, objeto preferente de la caridad divina. No formó Dios el cuerpo de Adán con la

mera palabra de sus labios, como hizo brotar la luz del abismo informe y vacío, sino que modeló con sus propias manos las formas del rey del universo; y no le infundió alma con sólo un querer de la voluntad, sino con el aliento de la boca. Concedióle, junto con los atributos de los espíritus, las excelencias de los cuerpos, y no lo fabricó como a los demás seres, conforme únicamente a las ideas de la mente soberana, sino a imagen y semejanza de la divina esencia. Lo hizo emperador del mundo visible y le puso a los ángeles del cielo por servidores y guardianes. Cuando el hombre cayó, Dios, que había reprobado a los príncipes de la gloria, no consintió que se perdiese, y el Padre, para salvarlo sin menoscabo de la justicia, envió a su Hijo unigénito a redimir el mundo.

El Verbo encarnado unió en sí a la caridad infinita de Dios el amor humano; juntó a los afectos de la voluntad creada los de la parte sensible, los del corazón abrasado. Puesto que en Jesucristo, Hijo del hombre, como EL mismo se dignó llamarse, existen las pasiones, puras, deificadas por la unión hipostática, podría afirmarse que la pasión dominante del Salvador fue el amor a las almas, para gloria de su Eterno Padre.

Por ellas se abrazó con la humildad de la encarnación, la pobreza del pesebre, la obediencia de Nazareth, el trabajo del taller, las luchas de la vida pública, las ignominias del pretorio, los dolores del Gólgota. "Tengo sed," clamó desde la cruz; sed de agua por las heridas, el desangre, la agonía; pero más aún sed de almas que salvar, que hacer partícipes y consortes de su gloria.

Con nueva muestra de afecto hacia el hombre, delegó a los mortales el poder de enseñar su doctrina y aplicar los frutos de su muerte. "Predicad el evangelio a toda criatura." Fueron los Apóstoles los primeros misioneros, y Pablo de Tarso, el ciudadano romano, fue precursor de Francisco Javier, el caballero español. Y se transformó el mundo: esta cultura cristiana de que blasonamos con razón es

fruto de las predicaciones evangélicas. Donde acaban los dominios de la cruz empieza el imperio de la barbarie.

## II

Las lindes del reino de Cristo eran las del universo conocido; pero en Occidente había un mundo guardado por Dios para compensarle a la Iglesia los latrocinios de la herejía y el cisma; tesoro de reserva para henchir las meremadas arcas de la civilización latina; fuente de sangre nueva, que diera a Europa envejecida calor de juventud; campo sin límites a los esfuerzos de los desheredados de la fortuna; teatro futuro de trascendentes, providenciales sucesos. Si el poeta pudo decir que los Andes, con sus estupendas moles asentadas sobre bases de oro, equilibran con su peso el orbe de la tierra, lícito es anunciar que América vendrá a ser contrapeso y equilibrio al mundo moral, y será parte en no remota época a la guarda de la justicia y de la paz.

Antes de que Colón encontrase el nuevo mundo, esto que es hoy la patria colombiana hallábase poblado por tribus de costumbres, idiomas y orígenes diversos. La menos ruda era la de los chibchas, de cuya civilización suele hablarse en són de lamento por su pérdida. ¡Menguada cultura la de un pueblo sin escritura, sin tradición oral que alcanzase a más de un siglo, adorador de los astros, sacrificador de víctimas humanas! Las demás hordas estaban más bajas todavía hasta llegar a las que sólo comían caza y frutas silvestres, hasta las que devoraban los cadáveres de sus enemigos vencidos en la guerra.

Al descubrirse la tierra americana, junto con los conquistadores, enviados y ejecutores de la fuerza, vino a este que se llamó Nuevo Reino, como heraldo de paz y clemencia, una legión de sacerdotes misioneros, del clero secular unos; la mayoría, de las órdenes y congregaciones religiosas; dominicos y franciscanos, primero; agustinos y jesuitas, en seguida.

La tarea evangelizadora partió del centro del Nuevo Reino a las extremidades del patrio territorio, como la sangre expulsada por el corazón va a las últimas células del organismo humano. A fines del siglo XVIII ya residían los misioneros en las tierras de la Goajira y la Nevada, compendio de todas las zonas, de todos los climas del universo; en el Chocó, el de entrañas rebosantes de oro, el de flora paradisíaca, de fauna que disputa al hombre palmo a palmo el dominio de la tierra; en los llanos sin horizonte de Casanare y Caquetá, regados por ríos que semejan mares y que rinden tributo a Orinoco y Amazonas, rivales del Océano, a quien rechazan treinta leguas adentro, humillando la soberbia de las salobres olas.

Ya en las que habían sido yermas planicies se alzaban a trechos los campanarios de las capillas misioneras que daban abrigo a las blancas cabañas agrupadas en derredor, como arropa la gallina bajo las alas los polluelos recién nacidos, implumes todavía. Sobre el verdor uniforme de la llanura ya se destacaban los verdes variados de labranzas y plantíos; el viento había aprendido nuevos tonos al desgarrar las hojas del platanar y jugar entre las cañas de los maizales; al rugir de los jaguares habían sucedido, durante el día, el golpetear del martillo, el zumbido de las lanzaderas al ir y venir en los rústicos telares, el murmullo de los niños de la escuela al aprender de coro; y a la caída de la tarde el cantar del *Santo Dios*, con notas que debían de tener en aquellas ilimitadas sabanas la sublimidad de una plegaria y la melancolía de un adiós.

Un día, la pragmática de un soberano extrañó de las colonias americanas a los Padres de la Compañía de Jesús, principales directores de las misiones; las iglesias se derruyeron, recobró la pujante vegetación tropical lo que le había robado el cultivo, y los indios volvieron a sus bosques. Cincuenta años más tarde dos ilustres granadinos, uno el *Húsar de Ayacucho*, prez el otro de la magistratura y el foro; presidente aquél de la república, éste su secretario

de gobierno, llamaron de nuevo con anuencia del congreso a los jesuitas, y las misiones renacieron, y el padre Laínez regó con sus sudores y santificó con su muerte las opulentas regiones amazónicas. Nuevamente salieron desterrados los hijos de San Ignacio, y para cohonestarlo se apoyó el gobierno en la sanción pragmática del monarca de antaño, como si Nariño no hubiera existido, como si no hubiera volado Ricaurte en San Mateo y triunfado el Libertador en Boyacá.

### III

Al restablecerse en Colombia la concordia entre la Iglesia y el Estado, comunicóse nuevo impulso a la obra de las misiones. Pero a semejanza de ciertas plantas que germinan lentamente y al brotar de la tierra se desenvuelven con rapidez pasmosa, anduvo la redentora empresa a pasos tardos al principio, y ha conseguido después pujante desarrollo y lozanía. Los actuales heraldos del evangelio entre las tribus bárbaras son hijos de distintas órdenes y congregaciones religiosas. Unos llevan el nombre y el hábito del mayor ingenio de las edades cristianas, émulo de Platón en la sabiduría, del Crisóstomo en la elocuencia; precursor de Santo Tomás en los teológicos estudios, de San Buenaventura en los místicos ardores, de Bossuet en el investigar la filosofía de la historia. Los agustinos recoletos, llamados en Colombia candelarios, tuvieron puesto de honor entre los misioneros coloniales. Varios de ellos rindieron la vida bajo el hacha de pedernal o las agudas flechas de los indios, y si la Iglesia aún no los ha puesto en los altares, asisten ante el trono de Dios circundados de la purpúrea aureola de los mártires. Otros misioneros son hijos de Francisco de Asís, el perfecto imitador de Cristo, el esposo de la santa pobreza, el que lleva en su cuerpo los estigmas gloriosos del Crucificado, el que salvó a Europa de crisis social semejante a la que hoy la amenaza. En Tierradentro trabajan los misioneros de San Vicente de Paúl, el santo

de la caridad con el prójimo, cuyo elogio he tejido expreso varias ocasiones; en San Martín, los discípulos del beato Grignon de Montfort, apóstol de Venda y de Bretaña, sacerdote que en el siglo de la frivolidad y los placeres renovó la austeridad de los primeros seguidores de Cristo, y en el Chocó los que observan las constituciones de un venerable obispo catalán, que mereció la admiración de los españoles y la gratitud de los americanos. Junto con los capuchinos enseñan a los neófitos del Caquetá y el Putumayo los hermanos maristas, beneméritos de la instrucción pública en el Cauca. Y a par de los misioneros se inmolan en aquellas apartadas regiones varias comunidades femeninas. Lo que significa para una doncella de ingenua raza, bienes de fortuna, educación selecta, mimada de los suyos, envidiada de extraños, dejar patria y hogar, comodidades y gustos, para sepultarse en los desiertos, llevando vida casi de salvaje por amor de Dios y de las almas, es cosa que sospecháis los que tenéis hijas o hermanas, es cosa que sabéis, Excelentísimo Señor Presidente de la República. El sacrificio de los hombres es grande, el de las mujeres es sublime.

Entre aquellos héroes y heroínas de la caridad, sacerdotes y religiosas, hay colombianos y oriundos de otras repúblicas americanas, alemanes, y españoles y franceses. Sobre la provincia nativa está la patria; sobre ella, la humanidad; sobre el linaje humano, la Iglesia, madre también de los habitantes del purgatorio y el cielo; sobre la Iglesia, Jesucristo, cabeza no sólo de los hombres, sino de los principados y potestades.

Los presbiterianos también han enviado misioneros a Colombia, pero no a las soledades del Putumayo, a los climas mortíferos chocoanos, a los ardores de la península goajira, sino a la capital de la nación, a vivir con pingüe salario y la esposa y los hijos, y a sacar de la barbarie a los salvajes bogotanos, quitándoles la eucaristía, que es su fuerza; la comunión de los santos, que es su consuelo; la devoción a María, que es su esperanza.

## IV

Voy a decir lo que han cumplido los misioneros en los últimos años. Como no estoy en la cátedra de la escuela, ni en la tribuna de la academia, prescindo de pormenores estadísticos que podéis conocer en los informes de los visitadores nombrados por el Gobierno para inspeccionar los trabajos materiales y escolares de las misiones. Venid conmigo en espíritu y contemplemos el panorama que se despliega ante la atónita mirada. A la izquierda, allá bajo, el mar de las Antillas; más y más cerca, una serie de mesetas, tan amplia cada una como una diócesis de Europa; al pie la bahía de Santamarta, la primera del nuevo mundo; a trechos, aldeas, caseríos, el humo de las cabañas campesinas; a la derecha, Valledupar con su calada torre-cilla de piedra; y detrás la inmensa mole de la Sierra Nevada, que corta el velo de las nubes y se hunde en el firmamento. Allí intentan y han comenzado ya los capuchinos un camino que comunique a Santamarta con Riohacha. Sigamos el actual sendero, descansen un instante en la sede del vicariato apostólico, y lleguemos a la plena tierra goajira a visitar el orfelinato de San Antonio, el más importante de los que han fundado en aquella comarca los padres capuchinos. Educáanse allí varios huerfanitos, y a su lado niños confiados libremente al cuidado de las religiosas por las mujeres goajiras, que se reservan el derecho de visitarlos cuando les plazca, de retirarlos de la casa cuando les venga en voluntad. Rugen como leonas, dice un misionero, cuando se pretende arrebatarles el fruto de su amor; le llevan a educar "porque las franciscanas quieren a los niños y los cuidan como si fueran sus propios hijos." Entienden aquellas indias semibárbaras, con la simple razón y mejor que muchos publicistas, que la potestad de los padres sobre la educación de sus hijos es natural, como la sociedad doméstica; sagrada, como todo don de Dios; inviolable, como todo derecho innato.

Los llanos que demoran al Oriente de Cundinamarca y Boyacá son objeto de cariño a todo pecho colombiano, porque fueron teatro de las mayores hazañas de nuestros guerreros legendarios y en ellos se organizó el ejército triunfador en Boyacá. En las tierras aledañas a la cordillera, mora una población civilizada y cristiana, pero antes destituida de suficiente doctrina espiritual; hombres laboriosos, y sobrios, de clara inteligencia y rica fantasía, jinetes insignes, duros para toda fatiga, hospitalarios en paz, terribles en la guerra, pastores y ganaderos hoy; Rondones, Infantes y Mellados mañana. Más lejos, hacia la cuna del sol, vagan tribus errantes.

Los misioneros de la Compañía de María han hecho maravillas en el vicariato de San Martín, no obstante la exigüidad de sus recursos. Reedificar, en mejor sitio que antes los arruinados pueblos de Jiramena y Cabuyaro, fundar el caserío de Cervitá, dotar esas poblaciones y todas las demás del territorio de escuelas y capillas, levantar nuevas, suntuosas iglesias en Villavicencio y San Martín, traer al seno de la Iglesia y bautizar cerca de un millar de salvajes, explorar a pie o embarcados en frágiles cayucos los desiertos de Villavicencio al alto Putumayo, hallar la ruta por donde puede abrirse fácil vía que lleve en pocos días de Bogotá a *La Pedrera*; esa es parte apenas de la labor de los padres, porque ante Dios acaso valga más lo que han hecho por las almas en la región civilizada de su grey.

Tres años há, un joven misionero francés salió á caballo del pueblo de Medina, a llevarle a una enferma el viático sagrado. Al llegar a orillas del Guazamumo, le advirtieron que el río bajaba crecidísimo y no podría vadearlo sin peligro de la vida. Venció en el sacerdote el celo apostólico al temor de la muerte; aguijó la cabalgadura y se lanzó a la corriente, que lo arrebató, arrancándolo violentamente de la silla. Aunque era bizarro nadador, las ropas sacerdotales no le dejaron luchar contra las ondas, y

se estrelló contra los pedrejones de la ribera. Acudió la población en masa, recogieron el cuerpo ensangrentado, entre cuyas manos yertas estaba la píxide con el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. El misionero exhaló el último aliento, y un niño llevó a la iglesia y ocultó en el sagra-rio la adorable eucaristía. Las misiones del Llano no pe-recen, porque están ungidas con el óleo del martirio.

Si al hablar de Casanare, enumerase los millares de ni-ños renacidos en las vivas aguas del bautismo, los pecado-res convertidos, los domésticos hogares a donde se han llevado la honestidad y la paz, sería oído con indiferencia por los que piensan que es el fin del hombre la menguada felicidad terrena; y si os hablara de los huérfanos prohi-jados con maternal ternura, de enfermos aliviados, de mi-tigadas tristezas, de pobres socorridos, displacería a los discípulos de Darwin y de Spencer, que reputan crimen de lesa sociedad el socorrer a los desheredados de la suer-te, porque así se procura la supervivencia de los menos aptos y se retarda la evolución de nuestra especie, que, se-gún ellos, comenzó por un átomo en siglos que no tuvie-ron principio, y se igualará a Dios en siglos que no llega-rán nunca.

Pero diré que se han mejorado los pueblos en lo mate-rial, que se han levantado numerosos edificios, abierto co-legios y escuelas en todas partes, y que la asistencia esco-lar es proporcionalmente superior a la de algunos departa-mentos de la República. Añadiré que los religiosos, abru-mados por las fatigas evangélicas, alojados a los principios en ruines cabañas, sin bibliotecas, sin trato con otros eru-ditos, han llevado a cima importantes trabajos científicos sobre las lenguas indígenas, leídos y encomiados por sabios europeos; de suerte que entre la falange reducida pero emi-nente de los filólogos y lingüistas con que se ufana nuestra patria, figuran con honor, en primera línea, los padres can-delarios.

Ha correspondido la heredad del Padre celestial en el Chocó y en Tierradentro a los hijos del Corazón de Ma-

ría y a los padres lazaristas. Son estos los cultivos más re-cientes; aún no blanquean las mieses en espera de próxima cosecha, pero ya empiezan a brotar los tallos del seno de la bien preparada tierra. Ricos serán los frutos, tanto más cuanto ya han muerto al peso de la ruda labor varios sa-cerdotes, entre ellos el ilustre superior de la misión cho-coana.

Al tratar del Caquetá y el Putumayo, seré breve, por-que aquellos son los trabajos más conocidos de vosotros, porque los habéis seguido paso a paso. Para recorrer el tra-yecto entre la capital de Nariño y la residencia de los misio-neros del Putumayo, empleaba una semana entera el viaja-dor, llevado a espaldas de indio, que iba trepando con pies y manos por riscos espantables, al borde de vertiginosos abismos, y bajaba luégo por precipicios como los que fingió Dante en el descenso al infierno. Hoy se salva aquella dis-tancia en cuarenta y ocho horas, a caballo, por vía sólida y casi plana, sin peligro y sin cansancio. Bien sé que se ha ne-gado la existencia de este camino. Pero es lo cierto que el gobernador de Nariño, que varios visitantes enviados por el presidente de la república han cabalgado en Pasto y se han hallado, dos días después, delante de la iglesia de Mo-coa. ¡Milagro estupendo el de los capuchinos, hacer viajar a las gentes por un camino que no existe!

A media distancia, entra el viajero al vallecito de Si-bundoy, fértil y risueño como una añoranza del paraíso ter-renal. Cinco años hace, era región de salvajes y de fieras; álzanse hoy cinco risueños pueblecillos con su iglesia, y fun-cionan varias escuelas dirigidas por maestras alemanas, y que han presentado certámenes de gramática y aritmética, geograffia e historia patrias, dignos de cualquier ciudad del interior. Al terminar las tareas vespertinas, cantan el him-no nacional, agrupados en torno de la bandera colombiana. El camino no termina en Mocoa, sino se prolonga al través de la llanura hacia la colonia de Puerto Asís, en la margen izquierda del Putumayo. Hace dos años, imperaba en aquel

sitio la selva primitiva y brava; hoy, al rededor de la capilla, treinta casas, una de ellas capaz de dar alojamiento a cien colonos; y más afuera, plantaciones y dehesas bastantes al mantenimiento de hombres y animales. El río es navegable de allí abajo en barcos de vapor y desemboca en el Marañón imponente.

¡Bendiga Dios y corone de gloria inmarcesible a los heroicos misioneros que laboran en todos los ámbitos de la nación por la salud de las almas, por la civilización cristiana, por la grandeza de Colombia! ¡Varones incomparables, os envidio! Habéis dejado todos los afectos y hasta el trato con vuestros semejantes; renunciado a riquezas, honras y placeres; aceptado el hambre, la sed y la desnudez, las enfermedades y los ataques de las fieras, la rudeza de los salvajes, y la ingratitud de hombres de las ciudades que desconocen vuestros servicios, os calumnian y persiguen.

## V

Coadyuvar, hermanos míos, a las misiones, es la acción más grata a la bondad divina, la más dulce al corazón de nuestro Salvador Jesucristo, enamorado de los hombres. Es la suma de la caridad, porque cumple el anhelo de que el nombre de Dios sea conocido y honrado en todo el mundo, de que magnifique su reino y se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo. Es compendio de todas las obras de misericordia: pan de verdad para los entendimientos y pan material para los cuerpos; alivio a los enfermos y blanda corrección a los culpados, consolación a los afligidos y vestido a los desnudos, educación al niño, apoyo al anciano, la libertad del alma a los que yacen en tinieblas y sombras de muerte.

La cooperación a las misiones es trabajo en favor de la civilización universal, del progreso del humano linaje, y es obligación sagrada que nos impone el patriotismo; porque hay que hacer ciudadanos de los salvajes de hoy; preciso es que flote el tricolor glorioso en todas las regiones de la

nación, que estén poblados los límites de Colombia para lograr defender nuestras fronteras.

Las misiones vendrán a resolver nuestros problemas económicos y fiscales, y aun algunos que parecen políticos. Abrirán ellas campo ubérrimo a la industria y al trabajo, centuplicarán la riqueza nacional, aumentarán los brazos, atraerán sana inmigración y darán a los ánimos inquietos preocupaciones nobles y provechosas.

Y no os detenga saber que el Gobierno aumente la suma destinada a las misiones. No es esta una empresa limitada que requiera determinado caudal para concluirse, ni tampoco es de aquellas que resultan inútiles si no llegan a perfecto término. Es tarea siempre acabada, pero siempre por empezar. Cada niño que se instruye, cada dolor que se calma, cada alma redimida es una obra completa. En cambio, cuando haya cincuenta pueblos fundados, aún faltan otros tantos; si tuviéramos cien escuelas, urgente sería añadir otras doscientas; a la capilla de hoy, debe agregarse la iglesia de mañana; al camino de hoy, nuevas vías que se crucen y entrelacen, y por donde no transiten cabalgaduras, sino pasen, como el rayo, locomotoras y automóviles. Las misiones nos dieron, ahora tres siglos, cuanto tenemos; las misiones nos darán lo que nos falta.

Séame permitido para concluir, tributar humilde homenaje de agradecimiento a la Sede Apostólica, que con maternal solicitud ha fundado nuestras misiones y nos ha enviado los trabajadores apostólicos. El santo Pontífice Pío X, desde la altura de donde reina por amor sobre trescientos millones de católicos esparcidos en la redondez del globo, ha puesto mirada compasiva en las tribus salvajes americanas, y en documento solemne que ha tenido universal resonancia, ha alzado la voz para condenar los abusos incalificables cometidos contra los indígenas por la peor de las barbaries, que es la salvajez civilizada.

Partícipes de nuestra gratitud son los Delegados Apostólicos, que han cumplido los propósitos del Jefe soberano

de la Iglesia. Por dos títulos les correspondía esa labor: como representantes del Vicario de Cristo, y como herederos por sangre y por raza del pueblo rey, dos veces autor de la civilización del mundo.

¡Y cómo no loar a los ilustres obispos colombianos! Ellos, en las conferencias celebradas tres años há, acordaron el fomento de las misiones, en decreto que mereció especial aprobación de la Sede Apostólica. El superior del Caquetá, en reciente informe, atribuye el desarrollo de sus trabajos, la fundación de Puerto Asís, a la Junta nacional de las misiones, creada por el Arzobispo de Bogotá y presidida por el apóstol de la Virgen del Carmen. Habla el Padre Prefecto de la fiesta a favor de las misiones, celebrada hace un año en esta catedral, y añade: "Los misioneros, llenos de asombro, vimos que adquirirían forma nuestros ensueños de tanto tiempo acariciados, y que estaban en vía de realizarse nuestros vastos proyectos de evangelización de las numerosas tribus que pueblan aquellas soledades."

Debo, finalmente, como sacerdote y como ciudadano de Colombia, reconocer y aplaudir a los legisladores y magistrados de mi patria porque han auxiliado con largueza las misiones, les han brindado defensa, estímulos y apoyo. Sin la intervención discreta y eficaz de los poderes públicos, casi nada se había podido conseguir. Quédeles para lo presente el aplauso de su conciencia de cristianos; para lo futuro, las bendiciones de la posteridad agradecida.

Y a ti, Jesús, Hijo de Dios, Rey de reyes y Señor de señores, amo y dueño de las naciones de la tierra, se tribute toda alabanza y toda gloria, porque tú solo eres Santo, tú solo Señor, tú solo Altísimo.

